

El "Mercado global"
GUILLERMO KNOCHENHAUER

La madrugada del 20 de diciembre de 1994, México despertó al mundo con la "primera crisis del siglo XXI"; así, nada menos, la consideró Michel Camdessus, director gerente del Fondo Monetario Internacional desde la perspectiva que le corresponde a él observar: la de los intereses del capitalismo a nivel mundial.

Hay que convenir que ésa es una ventana privilegiada para asomarse al escenario completo de la crisis; aunque haya estallado en México y tenga muy serias implicaciones para el interés nacional cifrado en el crecimiento económico, el empleo y el bienestar de los mexicanos, ni sus causas ni sus repercusiones principales caben dentro de nuestras fronteras.

No en balde el presidente de los Estados Unidos apuró el armado de un paquete de rescate financiero en el que involucró a los bancos centrales europeos y al de Japón sin darles tiempo para que lo discutieran; cuando conocieron la situación al detalle, el fin de semana siguiente al anuncio de William Clinton, atenuaron sus querellas.

Camdessus tampoco perdió el tiempo para solicitar mayores atribuciones y recursos que, dijo, va a necesitar el FMI cuando se enfrente a ese mismo tipo de problemas en cualquier otro país en el futuro.

Desde la visión del curso que lleva la economía internacional, la crisis de la que México fue escenario se ve como una que afecta intereses mayores a los nacionales; por eso, no debe esperarse que las soluciones que han comenzado a ser implantadas, estén pensadas en favor de los mexicanos y, por lo mismo, nosotros no debemos abandonar la perspectiva nacional para armar nuestro propio paquete de medidas de rescate.

Una aproximación a la economía "globalizada"

En México contamos con dos diagnósticos divergentes acerca de la crisis. Una es la que el presidente Ernesto Zedillo ha sostenido, al atribuir sus causas a la sobrevaluación del peso y al déficit de la cuenta corriente.

Otra es la interpretación que hace el gobernador del Banco de México, Miguel Mancera; según él, el aumento acelerado y sostenido de las exportaciones manufactureras durante el sexenio salinista contradice el argumento de un peso sobrevaluado, mientras que en el déficit en la cuenta corriente solamente ve la expresión de un exceso de inversión sobre el ahorro interno.

La divergencia en esas dos interpretaciones radica en que el presidente Zedillo está pensando en las trabas financiera, monetaria y comercial externa a la recuperación de un crecimiento dinámico de la economía mexicana, mientras que la perspectiva de Mancera es

la concesión, sin condiciones, al curso que bajo el predominio del capital financiero sobre el productivo, lleva la economía mundial.

¿Cuáles son otros rasgos de esa economía "globalizada", así, entre comillas? Lo primero que nos presenta es la paradoja de que la generación de riqueza aumenta al mismo tiempo que decae, en todas partes, el ingreso global —como clase—de los empleados y trabajadores.

La causa del fenómeno está plenamente identificada y reconocida: ese crecimiento se está consiguiendo, cada vez más, desde hace 20 años, mediante una mayor productividad del trabajo acicateada por la nueva tecnología contenida en las telecomunicaciones y la automatización de procesos, y no con base en una mayor ocupación de fuerza de trabajo.

Estados Unidos, por ejemplo, casi ha duplicado su producto desde principios de la década de los setenta a la actualidad, pero los estadounidenses están más endeudados y su ingreso ha disminuido. Para decir lo mismo, pero referido a 1993; ese año, el PIB aumentó 3 por ciento, y el ingreso familiar decayó 1 por ciento.

En la lógica más elemental de una economía de mercado, ello se traduce directamente en una oferta de mercancías que crece dinámicamente frente a una demanda estancada y, consecuentemente, en dificultades crecientes para realizar las ganancias del capital mediante la venta de productos o servicios.

Esas dificultades han abierto dos vertientes a la obtención de ganancias: por un lado, la exacerbación de la competencia entre el capital productivo en la cual, cada empresa, para subsistir, debe hacer desaparecer a su competidor a fin de ocupar el espacio del mercado que éste tenía.

El principio es que el mercado sea el que decida qué empresa concentra más inversiones y posiciones en el mercado mundial y cuáles desaparecen —en las economías nacionales— para dejarle su lugar a las que resulten victoriosas. (Aquí valdría hablar de un mercado global, planetario, pero hay que ponerlo entre comillas debido al proteccionismo comercial que las economías industrializadas practican entre sí, y más severo ante sus compras a las economías subdesarrolladas).

La otra vertiente que siguen las inversiones es hacia la esfera financiera. El Wall Street Journal publicó, hace aproximadamente un año, su estimación explicando que por cada dólar invertido con fines productivos, había 300 dólares yendo y viniendo de un mercado de dinero a otro en el mundo.

Ese tráfico de divisas en busca de los máximos rendimientos, le imprime un sello especulativo a los circuitos financieros y les impide que cumplan su importante función como palanca del crecimiento productivo.

La insolvencia mexicana

El reflejo de la racionalidad que gobierna los negocios internacionalmente lo vemos sobre nuestra economía tercermundista, subdesarrollada, en hechos que merecen el calificativo de aberrantes, por ir a contracorriente de las necesidades de crecimiento con distribución del ingreso mediante el empleo que, serían, desde cualquier óptica, las prioridades ingentes de una política de desarrollo que reconociera nuestra realidad nacional.

Se explican, sin embargo, porque "para formar parte del mundo", el salinismo entendió que la economía mexicana debía abrirse sin cortapisas a las dos vertientes que sigue el gran capital.

En materia comercial: por ejemplo, durante el sexenio pasado se convirtió en superávit con Estados Unidos en una relación deficitaria para México, al haberle comprado bienes por 211 mil millones de dólares entre 1989 y 1994, más del doble de los 96 mil millones de dólares adquiridos de 1980 a 1988; las ventas mexicanas, incluyendo el petróleo, sólo alcanzaron 197 mil millones de dólares y 109 mil millones en los mismos periodos de comparación.

Para evitar esa situación comercial y, sobre todo, para haberle dado bases y forma al cambio estructural de la planta productiva del país, debieron manejarse, frente a la apertura comercial, políticas de fomento e integración industrial y agropecuaria, con el sustento en tasas de interés y en un tipo de cambio que actuara en favor de la competitividad a la que se estaba enfrentado a los productores nacionales.

Lo que se hizo fue lo contrario: Salinas y Pedro Aspe hicieron de los réditos financieros una válvula para regular la entrada y salida de divisas; es decir, las tasas de interés y el tipo de cambio se manejaron con el fin de atraer y premiar a los inversionistas extranjeros en su juego especulativo, al costo de cerrar la viabilidad a miles de pequeñas y medianas empresas.

Juzgue usted los efectos financieros, en la producción y el empleo, de haber entrado en esa economía de casino. En 1982, ante la suspensión de pagos de la deuda pública mexicana, que era de 80 mil millones de dólares, bastó que el Departamento del Tesoro en el gobierno de Ronald Reagan ofreciera un paquete de apoyo por 2 mil millones de dólares, y créditos atados por otros 2 mil millones, además de un contrato de compras extraordinarias de petróleo por mil millones de dólares para su reserva estratégica.

Con esas cantidades —modestas frente a los 50 mil 759 millones de dólares que ahora se requirieron— volvió a flote la economía para enfrentar, durante todo el sexenio de Miguel de la Madrid, un periodo de "ajustes" y de crecimiento prácticamente nulo. Hoy, la deuda externa total del país es de 160 mil millones de dólares, el doble que hace doce años, a la que hay que sumar documentos bursátiles y bancarios en manos extranjeras por otros 50 mil millones de dólares.

Con tantos recursos captados de fuera, fue muy poco lo que se logró en el aumento de la riqueza y la distribución de sus beneficios a través del empleo remunerado; la desaparición de miles de pequeñas y medianas empresas y de puestos de trabajo, fueron escasamente compensados durante el sexenio salinista por el aumento en la formación bruta de capital

del 54 por ciento y por la creación de un millón de empleos, apenas 4 por ciento de crecimiento de la ocupación formal.

El "rescate" financiero de México

Los créditos ofrecidos a México por Estados Unidos (20 mil millones de dólares), el FMI (17 mil 759 millones), los bancos centrales de Europa y Japón (10 mil millones), los países latinoamericanos (mil millones) y la banca comercial (solamente 3 mil millones) se aplicarán, íntegramente, a cubrir los tesobonos y otros instrumentos de deuda de corto plazo.

Ante esas obligaciones, el gobierno mexicano era sencillamente insolvente: no tenía los recursos para pagar, y no debido a una problema circunstancial de falta de liquidez, sino al reflejo, en nuestra economía, de la racionalidad especulativa que gobierna a la economía mundial.

No obstante, la suspensión de pagos de México no fue el mayor de los peligros que percibieron los prestatarios de tan cuantioso paquete financiero; para Camdessus, el peligro más inmediato "era ver que México quedaría obligado a recurrir al control cambiario. De hecho, una catástrofe mundial, ya que las presiones sobre otros para seguirle, hubieran sido tremendas."

Los circuitos en los que 300 dólares buscan utilidades por cada uno invertido en la producción, se cerrarían de ocurrir un control cambiado generalizado.

Ese era el verdadero temor internacional a la crisis mexicana, plenamente justificado si consideramos que la recuperación de nuestra economía no será posible con un tipo de cambio que mantenga atractivas las importaciones y con tasas de interés altas, que pretendan retener el ahorro externo.

Pasado el torbellino que amenazaba con desestabilizar al sistema financiero internacional, nos queda por resolver la crisis estructural de la economía mexicana. Para ello no hay recetas; quizá la única que se vale adelantar, dada la envergadura histórica de rehacer el pacto social que marque el rumbo del desarrollo económico, es la democratización del país para fortalecerlo políticamente frente al exterior.